

libertad, siendo admitidas las opiniones que parecieran evidentemente buenas.

»Por lo que respecta al rey, en verdad no puedo... Luego, volviéndose á un noble que tocaba el hacha, le dijo: «No deterioréis el hacha. (1) Por lo que respecta al rey las leyes del reino os instruyen claramente; y no obstante, solo os diré una palabra relativamente á mi persona.

»En cuanto al pueblo, deseo tanto como el que mas su libertad y emancipacion; pero debo decir que estas deben ser conservadas por las leyes que garantizan la vida y las fortunas; no es esto decir que el pueblo tenga parte en el gobierno, pues esto no le pertenece. Un soberano y un vasallo son muy diferentes entre sí; y no obstante, hasta que hagais esto (quiero decir, que deis al pueblo esta especie de libertad), ciertamente no disfrutarán de ella.

»Señores: por este motivo me hallo aquí. Si hubiera querido dar lugar á un arbitraje para cambiar las leyes, segun el poder de la espada, hubiera podido evitar esto; y no obstante os digo (y pido á Dios desvíe su castigo de vuestras cabezas), que soy martirizado por el pueblo.

»En verdad, señores, no os entretendré mucho tiempo: únicamente os diré que hubiera podido pedir algun tiempo para coordinar todo esto y presentarlo mejor; espero, sin embargo, que disimularéis este desaliño.

»He descargado mi conciencia, y pido á Dios que adoptéis los medios mas á propósito para el bien del reino y para vuestra propia salvacion.

»Entonces el señor Juxon dijo al rey: «¿Gusta V. M. decir algo para la satisfaccion del pueblo, aunque vuestra adhesion á la religion es harta notoria?»

«—Os doy gracias con todo mi corazón, monseñor, porque casi lo habia olvidado. En verdad, señores, creo que mi conciencia y religion son bien conocidas de todo el mundo: no obstante, declaro en presencia de todos vosotros que muero cristiano profesando la religion de la Iglesia anglicana, tal cual me la ha dejado mi padre, y creo que este recto varon (señalando al señor Juxon), dará testimonio de ello.»

»Luego, volviéndose á los oficiales les dijo: «Escusadme en esto: mi causa es justa y mi Dios es bueno; no diré mas.»

»Luego dijo al coronel Hacker: «Procurad, si sois servido, que no se me atormente mucho.»

»Como en aquel momento se acercase un gentil-hombre al hacha, el rey le dijo sobresaltado: «Cuidado con el hacha! cuidado con el hacha!»

»Dirigiéndose luego al ejecutor, dijo: «Haré una oracion breve, y cuando extienda los brazos...»

»Esto dicho, pidió su gorro de dormir al señor Juxon y habiéndoselo puesto dijo al ejecutor: «¿Os molestan mis cabellos?» El ejecutor le pidió que se ocultase bajo el gorro, lo que él hizo ayudado del obispo y del mismo ejecutor. Luego, volviéndose otra vez al señor Juxon, replicó: «Mi causa es justa y mi Dios es bueno.»

»Solo falta ya un paso, que aunque muy triste es muy corto, y podeis considerar que os llevará en breve muy lejos; él os trasladará de la tierra al cielo, donde hallaréis gran alegría y consuelo.»

»Voy á trocar una corona corruptible por otra imperecedera, en la que no puede haber turbacion mundana.»

»Cambiareis una corona temporal por otra eterna: ¡hermoso cambio!»

»El rey preguntó al ejecutor: «¿Están bien mis cabellos? Dejó caer su manto y dió su cordon azul, distintivo de la Orden de San Jorge, al señor Juxon diciéndole: «Recibid esta memoria.»

»Despojose luego de su ropilla, y volviendo á colo-

(3) Quería decirle que no mellase el filo.

car el manto sobre sus hombros, miró al tajo y dijo al ejecutor: «Es preciso que lo sujetéis bien.»

»—Está bien sujeto.»

»—Hubiera podido hacerse uno mas alto.»

»—No puede serlo mas, señor.»

»—Cuando extienda los brazos, entonces...

»Pronunció en pie y con voz baja tres ó cuatro palabras, dirigiendo al cielo las manos y los ojos; arrojóse bruscamente y puso su cuello sobre el tajo; entonces el verdugo volvió á colocar sus cabellos debajo del gorro; y el rey, creyendo que iba á descargarse el golpe, le dijo: «Esperad la señal.»

»—Así lo haré, si V. M. lo desea.»

»Después de una breve pausa, el rey extendió sus brazos. El ejecutor separó de un golpe la cabeza, y tomando esta en su mano la mostró á los espectadores: el cadáver del rey fue depositado en un cofre, forrado al efecto de terciopelo negro, y que ahora se halla en su aposento de Whitehall.»

SIC TRANSIT GLORIA MUNDI.

(Fin de la relacion.)

Clarendon refiere que el cadáver del rey, que se veía en la noche de la ejecucion en su aposento de Whitehall, no pudo ser hallado á la restauracion de Carlos II. No obstante, Herberto habia escrito positivamente que la inhumacion habia tenido lugar en Windsor en la cueva del coro de la capilla de San Jorge, donde descansaban los restos de Enrique VIII y de Juana Seymour. Trabajando los operarios en esta capilla en 1843, abrieron casualmente la cueva. El príncipe regente, mas tarde Jorge IV, mandó practicar investigaciones cuyo resultado fue descubrir un ataúd de plomo, sobre el cual se veía una plancha de metal con estas palabras CARLOS, REY; esto estaba enteramente conforme con la relacion de Herberto.

Levantóse la tapa, y después de haber quitado un lienzo impregnado en una materia crasa, dejése ver el rostro de un difunto cuyas desfiguradas y confusas facciones se asemejaban al retrato de Carlos I. Segun el proceso verbal de sir Enrique Halford, la cabeza del cadáver separada del tronco, tenia los ojos medio abiertos, y se pudo empapar un pañuelo blanco en una sangre aun bastante liquida. Este testigo extraordinario, de regreso del sepulcro, después del asesinato de Luis XVI, ha venido á revelar las faltas de los reyes, las demasias de los pueblos, el transcurso del tiempo, el intimo enlace de los acontecimientos, y la complicidad del crimen de 1649 con el de 1793.

Es notable la omission de que adolece la relacion popular de la ejecucion de Carlos, pues no habla de la máscara de los verdugos. El regicida Ludlow guarda tambien silencio sobre el particular. La hoja volante de que se trata no pudo ser vendida en las calles de Londres sino después de haber pasado por la censura de los vencedores. Ahora bien: ó los verdugos disfrazados eran una horrorosa saturnalia, ó la confesion de que se habia perpetrado un asesinato en una cabeza que ningun ser con rostro humano tenia el derecho de tocar.

Para llegar á la fatal ejecucion, Cromwell habia necesitado esos gritos y esas lágrimas que, contrariándose en él, delataban su mútua hipocresia; y mostrándose franco después del golpe, hizo abrir el fúretro, y se cercioró, tocando la cabeza de su rey, que estaba realmente separada del cuerpo, y aun observó que un hombre de tan buena complexion hubiera podido vivir mucho tiempo. El terrible Cromwell, oscuro y desconocido como el destino, armado en aquel momento del inexorable poder de este, se complacia en la victoria alcanzada por él sobre un monarca y sobre la naturaleza.

Sus compañeros de asesinato, que no participaban de su seguridad y alegría, apresurabanse á abandonar aquella sangrienta escena. El principal verdugo, Hulet, capitán de caballeria en el regimiento del coronel Hewson, deseoso de atravesar el Támesis, se arrojó en la barca de un marinero llamado Smith, que fue obligado por unos mosqueteros á tomarlo á su bordo. Habiéndose alejado de la orilla, Smith dijo al siniestro pasajero: «¿Eres el verdugo que ha cortado la cabeza del rey?—No, respondió Hulet; y esto es tan cierto como que soy pecador delante de Dios.» Y temblaba de piés á cabeza. Smith replicó sin dejar de remar: «¿Eres el verdugo que ha cortado la cabeza del rey?» Hulet negó de nuevo, y contó que le habian tenido preso en Whitehall, pero que se habian apoderado de sus instrumentos. Smith le dijo: «Echaré á pique mi barca, sino me dices la verdad.» La cabeza del monarca habia sido pagada á Hulet en cien libras esterlinas. «Yo probaré que tu has dado el golpe,» le dijo el abogado general Turner, cuando se instruyó el proceso de los regicidas, «y te arrancaré tu máscara.»

LA REPUBLICA Y EL PROTECTORADO.

1649—1658.

La ejecucion de Carlos produjo dos resultados en Inglaterra.

Por una parte, los hombres de bien quedaron consternados; hubo dolores profundos y muertes repentinas causadas por ellos; y como la nacion era religiosa, hubo tambien remordimientos. El Eikon Basilike hizo echar de menos á Carlos I, bien así como el testamento de Luis XVI hizo admirar á este. El Eikon Basilike no era de Carlos; el doctor Gauden es considerado actualmente como su autor. Milton acometió la odiosa tarea de ilustrar este punto de critica, pero á pesar de toda la sublimidad de su genio, apoyado en la verdad del hecho, no pudo triunfar de una suposicion gratuita, obra de un espíritu vulgar, pero cimentada en la verdad de la desgracia.

¿Qué queda hoy en Inglaterra de todos aquellos dolores? Una ceremonia establecida por Carlos II, que se celebra anualmente el 30 de enero. Hay obligacion de ayunar, pero nadie ayuna; ciérranse los espectáculos, pero el público se divierte en salones y tabernas; ciérrase tambien la Bolsa con no pequeño disgusto de los especuladores, á quienes importa poco hallar la cabeza de un rey en el camino de su fortuna ó de su ruina. Los siglos no adoptan estos legados de luto, porque tienen que llorar hartos males propios, sin encargarse ademas de derramar lágrimas hereditarias.

Por otra parte, en los tres reinados posteriores á la muerte de Carlos I, se esparció suma confusion, pues cada cual tenia un plan de república y de religion. Los millenarios, ó los hombres de la quinta monarquía, pedian la ley agraria y la abolicion de toda forma gubernamental, á fin de esperar el próximo gobierno de Cristo, y no conocian otra Carta que la Escritura. Los Antonianos pretendian que la ley moral estaba destruida, y que todos debian guiarse en lo sucesivo por sus propios principios, y no por las antiguas nociones de justicia y de humanidad; reclamaban la libertad de hacer cuanto les viniese á las miéntes: la fornicacion, la embriaguez y la blasfemia, entraban en su opinion en las vias del Señor, puesto que este es quien habla en nosotros. Ni estaban lejos de hacerse tureos, pues se complacian en la lectura del Alcoran, recien traducido. Los cuáqueros y especialmente las cuáqueras, pasaban tambien por una secta mahometana. Los políticos tronaban contra toda especie de culto, y querian que el poder no reconociese ninguna religion particular; otros pretendian refundir las leyes

civiles y borrar completamente lo pasado. Despojados de sus bienes y sus honores, los obispos gemian en las cárceles, mientras los presbiterianos veian el fruto de la revolucion sembrada por ellos, y recogido por los independientes, los agitadores y los niveladores.

Eran estos de muchas especies: unos los escavadores y desarraigadores, se apoderaban de los matorrales, y de los campos en barbecho; otros, los guerreros y los turbulentos, sublevaban los soldados ó se hacian ladrones en los caminos reales: todos pedian la disolucion del parlamento Largo y la convocatoria de otros. En esta completa disolucion social, en medio de las horcas y de los cadalsos que se levantaban para castigar el vicio y la virtud, no habia ningun partido decisivo; y merced á una especie de buena fe que la anarquía dejaba en libertad, era muy comun oír á los republicanos hablar de poner á Carlos II á la cabeza de la república, y á los realistas declarar que la república era acaso el mejor gobierno.

Subsistian, no obstante, en Londres dos principios de gobierno y de administracion, el rump y el consejo de los oficiales que habia subyugado ya á aquel.

Examinóse primero si la cámara de los Pares formaba parte integrante del poder legislativo; y á despecho de la opinion de Cromwell, que movido por sus intereses queria retener su dignidad de par, decidióse que la cámara hereditaria era inútil y peligrosa, quedando decretada su disolucion. La monarquía no corrió mejor suerte; empero el corregidor de Londres se negó á proclamar el acta de la abolicion del poder real.

Una vez trasformado en república el reino de Inglaterra, se acuñó un nuevo y grande sello, que representaba por el anverso la cámara de los Comunes con esta inscripcion: Gran sello de la república de Inglaterra; en el reverso se veian una cruz y un harpa, armas de Inglaterra y de Irlanda, con esta leyenda: Dios con nosotros; y en el exergo se leía: Año primero de la libertad, por la gracia de Dios. 1649. ¡Aciaga es para la libertad la fecha de un crimen!

Cinco miembros de los Comunes, entre ellos Ludlow, recibieron el encargo de componer un consejo de Cuarenta, al que fue confiado el poder ejecutivo. Este comité de los Cinco presentó treinta y cinco candidatos, á los que se agregó el comité de los Cinco. Este fue ademas encargado de examinar la conducta de los parlamentarios que no habian asistido á Westminster durante el proceso del rey.

Era muy natural inmolarse víctimas en honor de los funerales de un príncipe; el duque de Hamilton, el conde Holland y lord Capell, presos á la sazón, fueron decapitados: el primero, contra el derecho de gentes, los dos últimos contra el de la guerra. Todos los partidos lloraron la muerte de lord Capell, de quien hizo Cromwell un magnífico elogio, asegurando al mismo tiempo que se le debia sacrificar á causa de su misma virtud. Ya en el cadalso, el noble par preguntó al ejecutor: «¿Has cortado la cabeza de mi señor?—Si, replicó el verdugo?—¿Dónde está el instrumento que descargó el golpe?—El verdugo le mostró el hacha.—¿Estás seguro de que es la misma?—» volvió á preguntar lord Capell; y habiendo obtenido una respuesta afirmativa, tomó el hacha, besóla con respeto y la devolvió al ejecutor, diciéndole: «Miserable! ¿Cómo osaste manejarla?» El verdugo respondió: «Me vi obligado á cumplir mi oficio, y recibí treinta libras esterlinas por mi trabajo.»

El verdugo mentía y se jactaba de una victoria ajena, pues no habia manchado ni santificado sus manos y su hacha en la sangre de su rey. Aquel hombre, llamado Brandon, era el verdugo ordinario; y nadie le habia llamado (ó tal vez habia renunciado por temor su ministerio), á la gran ejecucion. Cuando cesó el miedo, se anunció la vanidad, y Brandon pensó en salvar sus derechos y su honor: la misma noche de al

muerte de Carlos, Brandon dijo en una taberna las palabras que repitió á lord Capell, envaneciéndose de un crimen que no habia perpetrado.

Lord Capell entregó su cabeza, despues de haber declarado que moria por Carlos I, por su hijo Carlos II, y por todos los herederos legitimos de la corona.

El rump, fingiendo contemporizar con la opinion pública, se ocupó al parecer, de su disolucion, y

buscó los principios segun los cuales pudiera elegirse un nuevo parlamento. El rump no era sincero, pues su único objeto era perpetuarse, esperando los acontecimientos.

Sin embargo, el conde de Ormond, lord Inchiquin y el general Preston habian sublevado la Irlanda, donde Monk, que defendia á Dundalk por el Parlamento, habia capitulado.



ULTIMA ENTREVISTA DE CARLOS I. CON SUS HIJOS.

Cromwell, á pesar de las pretensiones de Lambert y de Fairfax, fue encargado del gobierno civil y militar de Irlanda, á donde partió acompañado de Ireton, su yerno, despues de haber buscado al Señor delante de Harrison, y de haber explicado las Escrituras.

Llegó, pues, á la citada isla al frente de diez y siete mil veteranos y una guardia particular, compuesta de ochenta hombres, todos oficiales. Tredall fue tomada por asalto, el mismo Cromwell subió á la brecha, y todos los irlandeses perecieron, incluso su gefe sir Arturo Asthon. Este antiguo militar llevaba una pierna artificial, que se creia ser de oro; por esta razon, los soldados republicanos se disputaron aquella pierna.

realista, que no era otra cosa que el tesoro de madera del honor y de la fidelidad.

Wexford fue saqueada, Goran entregada por los soldados, y los oficiales fueron fusilados. Kilkenny, Youghall, Coke, Kingsale, Colonnell, Dungarvan y Carrick se sometieron. Cromwell é Ireton llevaron á la Irlanda, como lo habian anunciado, el exterminio y el infierno.

Cromwell, en medio de sus victorias, fue llamado

para rechazar á los escoceses, que se habian decidido á reconocer los derechos de Carlos II; y aunque habian ahorcado al realista Montrose, porque no era convenantaire, se mostraban realistas. Nada es mas frecuente en las discordias civiles que estas inconsecuencias de los partidos.

Las negociaciones entre Carlos II y los escoceses habian sido interrumpidas muchas veces, hasta que al fin, privado el rey de todo recurso, se habia dirigido



EJECUCION DE CARLOS I.

á Edimburgo, donde habia recobrado el cetro de María Estuardo, á condicion de publicar esta deshonrosa declaracion:

- »Que su padre habia pecado tomando esposa en una familia idólatra;
- »Que la sangre derramada en las últimas guerras debia ser imputada á su padre;
- »Que le causaban profundo dolor la mala educacion

que se le habia dado y las preocupaciones que le habian sido inspiradas contra la causa de Dios; preocupaciones cuya injusticia conocia ya;

- »Que toda su vida anterior habia sido una serie continua de enemistad contra la obra de Dios;
- »Que se arrepentia de la comision dada á Montrose, y de todas sus acciones que hubieran podido escandalizar;

«Que protestaba ante Dios que era sincero en esta declaración, y que se atendería á ella hasta su último suspiro, así en Escocia é Inglaterra, como en Irlanda.»

No obstante, Carlos II no carecía de honor y de denuedo, pues siendo aun joven, había combatido en defensa de su padre, al frente de las fuerzas de mar y tierra. Pero era el príncipe menos á propósito para oír seis sermones de presbiterianos todos los días. Cuando abrumado por tales predicaciones, buscaba alguna distracción, no podía salir de Edimburgo sin que ofendiesen su vista los mutilados miembros de Montrose, clavados á las puertas de la ciudad. Montrose había deseado al morir, que su cuerpo fuese dividido en tantos trozos cuantas eran las ciudades de los tres reinos, para que en todas partes se hallasen testigos de su fidelidad. Uno de sus brazos fue expuesto en un cadalso en Aberdeen, pero los habitantes lo sustrajeron furtivamente y lo ocultaron; y habiéndolo colocado de pues de la Restauración, en una caja de terciopelo carmesí bordado de oro, la pasearon en triunfo por toda su ciudad.

Cromwell marchó contra los escoceses á la cabeza de diez y ocho mil hombres, y atacándoles en Dunbar, los derrotó el 31 de setiembre de 1650. El año siguiente, después de haber conquistado una parte de la Escocia, siguió la pista de Carlos II, que había avanzado por Inglaterra con un ejército, y le alcanzó en Worcester. El genio tan fatal al padre, no lo fue menos al hijo: el 3 de setiembre de 1651, aniversario de la batalla de Dunbar, se empeñó el combate, en el que dos mil realistas perdieron la vida, siendo vendidos como esclavos ocho mil prisioneros. Esta odiosa costumbre de traficar con los hombres, vuelve á hallarse en el reinado de Jacobo II.

El joven rey huyó y se cortó el cabello, temiendo como Absalon, ó como los tres reyes cabelludos, ser reconocido por el hermoso adorno de su cabeza. Este príncipe nos ha dejado la narración de sus aventuras; su disfraz de carnicero; su tentativa para entrar en el País de Gales con el pobre Pendrell; el día que pasó con el coronel Careless en la copa de una encina que recibió el nombre de encina real; sus aventuras en casa de un noble llamado Lane, en el condado de Stafford; su viaje á Bristol, viaje que hizo á caballo llevando á la grupa la hija de su huésped; su llegada á casa M. Norton; su encuentro con uno de los capellanes de la corte, que miraba jugar á los bolos, y con uno de sus antiguos servidores que le nombró anegado en lágrimas; su ida á casa del coronel del Windham; el peligro que corrió por la sagacidad del mariscal, que examinando los pies de los caballos, aseguró que uno de ellos había sido herrado en el Norte; y por último, el embarco de Carlos en Brightelmstone y su desembarco en Normandía, hicieron de aquellos momentos de la vida de este príncipe un asunto de gloria romanesca, que luchó con la gloria histórica de Cromwell. Ludlow se limita á decir que Carlos huyó con mistress Lane.

Cromwell volvió triunfante á Londres, y el Parlamento envió á su encuentro una diputación.

El general regaló á cada uno de los enviados un caballo y dos prisioneros. Los historiadores no han observado este rasgo de costumbres, que distingue á los ingleses de aquella época de todos los pueblos cristianos de la Europa civilizada, y los acerca á los pueblos orientales. Monk, á quien Cromwell había dejado en Escocia, acabó de someterla. El reino de María Estuardo quedó reunido á la Inglaterra, por acta del *rump* que no habían conseguido los mas poderosos monarcas de la Gran-Bretaña.

A la par que el cuerpo legislativo era objeto del público desprecio, había mostrado vigor y talento el consejo ejecutivo: esto ocurrió también en Francia, bajo los famosos comités emanados de la Convención. Las tierras del clero habían sido puestas en venta, no me-

mos que los dominios de la corona, así en Inglaterra como en Escocia. Las propiedades nacionales, valuadas primero al precio de diez años de su arriendo anual, llegaron á tener, merced á las victorias de la república, un valor de quince, diez y seis y diez y siete años de su arriendo líquido; los bosques se vendían á parte. Los realistas cuyos bienes habían sido secuestrados ó confiscados, obtenían su devolución ó desembargo mediante una suma mas ó menos cuantiosa, pagada en moneda contante; y un tributo de ciento veinte mil libras esterlinas bastaba con estas diferentes cantidades, para subvenir á las necesidades del Estado.

Todas las potencias de Europa habían reconocido la república, habiendo sido la España la primera en dar este paso. La Irlanda estaba subyugada y la Escocia sometida y agregada á la Inglaterra; una escuadra á las órdenes del famoso Roberto Blake, que de coronel había pasado á ser almirante, protegía los mares de las islas Británicas; y otra flota cruzaba las costas de Portugal, bajo el pabellón de Eduardo Popham. Las Indias Occidentales, las Barbadas y la Virginia, que se habían insurreccionado, fueron reducidas á la obediencia. La célebre acta de navegación, propuesta por el Consejo de Estado al Parlamento en 1651, y que adquirió el carácter ejecutivo el 1.º de diciembre del mismo año, no es, como se ha escrito mil veces, obra de la administración de Cromwell, sino de la república, antes del establecimiento del Protectorado. Esta acta hizo estallar la guerra entre la Holanda y la Gran-Bretaña en 1652. Blake, Aiskew, Monk y Dean, sostuvieron en once combates, desde el 17 de mayo de 1652, hasta el 10 de agosto de 1653, el honor del pabellón inglés contra Tromp, Ruyter, Van Galen y de Witte.

Las clases populares, que suben á impulso de las revoluciones á la superficie de la sociedad, imprimen por un momento á los pueblos envejecidos una extraordinaria energía; pero como en ellas la ignorancia y la pobreza han conservado toda su fuerza, no tardan en corromperse una vez encaramadas en las altas regiones del poder, pues llegando á él con necesidades apremiantes y apetitos excitados durante mucho tiempo por la miseria y la envidia, prohíben y exageran los vicios de los magnates á quienes substituyen, sin tener la educación que por lo menos los atenúa. Una nación que se renueva, digámoslo así, por la invasión de una especie indígena de bárbaros, conserva pocos días su energía; y no siendo mas joven por su naturaleza sino por meros accidentes, y no renovándose las costumbres como los poderes, en tanto que aquellas no cambian, nada en estos presenta estabilidad y solidez.

No dejó Cromwell de observar que aquel resto de asamblea, sometida y abyecta al principio, empezaba á mirar con recelo el poder que había adquirido. La autoridad dictatorial de los campamentos había hecho que el futuro usurpador se disgustase de la autoridad legal, pues su ambición, no menos que su carácter y su genio, le impelían al poder supremo.

Había intrigado mucho tiempo entre los diferentes partidos, mostrándose alternativamente presbiteriano, nivelador, y hasta realista, pero buscando siempre su apoyo en el ejército, dominado por el espíritu republicano, en cuanto es posible que semejante espíritu prevalezca en la milicia. Los oficiales aspiraban á la igualdad y á la libertad, sin olvidar la fortuna, los honores y el mando absoluto: de este modo han comprendido siempre los militares la república, desde las legiones romanas hasta los mamelucos.

Cromwell, después de sus victorias, volvió á ocupar su asiento en el Parlamento el 16 de setiembre de 1651, y pidió con ahínco la redacción del bill que debía poner término á aquel parlamento interminable; pero no pudo obtenerlo sino por una mayoría de dos

votos, esto es, cuarenta y nueve contra cuarenta y siete; y aun así, la ejecución del bill fue aplazada para el 3 de noviembre de 1654.

Este bill procedía á la reforma radical parlamentaria tantas veces y tan inútilmente reclamada en tiempos posteriores. La cámara de los Comunes debía componerse en lo sucesivo de cuatrocientos miembros, sin contar los diputados de Irlanda y de Escocia. Las pequeñas poblaciones desaparecían, y no se concedía el derecho electoral sino á las ciudades y puntos principales; la propiedad exigida al ciudadano por el ejercicio de este derecho, ascendía á doscientas libras esterlinas en muebles ó inmuebles.

Cromwell deseaba la disolución del *rump*, porque esperaba saltar el poder supremo por medio de diputados elegidos por su influencia y adictos á sus intereses. A fin de preparar las ideas á un cambio de cosas, había suscitado discusiones acerca de la excelencia del gobierno monárquico; pero no habiendo podido inducir al *rump* á pronunciar la disolución, tomó un camino mas corto para conseguirla.

El taimado general había tenido la astucia de llenar todos los puestos con sus favoritos, y los soldados le eran leales. Desde la batalla de Worcester, que apellidó en su carta al Parlamento la *victoria coronante*, apenas disimulaba sus proyectos. La moderación, tan necesaria á todo el que próximo á llegar al poder, intenta mantenerse en él, era el arma de Cromwell, que había hecho publicar una amnistía general y se mostraba favorable á los realistas, á quienes hallaba, en principios, menos opuestos que los demás partidos á la autoridad de uno solo; y á su vez había también menester de fidelidad.

La cámara de los Comunes, que se veía atacada, procuró defenderse: quejábese unas veces de las calumnias que Cromwell hacía propalar contra ella, y otras se esforzaba en perpetuarse de una manera menos directa, procediendo á la elección de las plazas vacantes en el Parlamento. Mas Cromwell, que no se dormía, presidía asambleas, conferencias y tratados entre los partidos, y engañaba á todo el mundo. El coronel Harrison republicano sincero, pero hombre de limitados alcances, sostenía á todas horas que el general, lejos de pretender ser rey, se ocupaba únicamente de preparar el reinado de Jesús. «¡Venga pronto Jesús, respondió el mayor Streater, ó llegará demasiado tarde!» Cromwell por su parte declaraba que el salmo CX le estimulaba á cambiar la nación en república; á este fin excitaba al comité de oficiales á presentar peticiones que debían acarrear, merced á la oposición de los parlamentarios, la destrucción de la república. Una de estas peticiones reclamaba el pago de los sueldos atrasados del ejército y la reforma de los abusos; otra pedía la disolución inmediata del Parlamento, y el nombramiento de un consejo para gobernar el Estado, hasta la próxima convocatoria de un nuevo parlamento. Arrastrados por su resentimiento, los Comunes declararon que todo el que en lo sucesivo presentase tales solicitudes, sería reo de alta traición. Comunicada esta resolución á Cromwell, que la esperaba, gritó poseído de una fingida cólera, en medio de los oficiales: «¡Mayor general Vernon! Me veo precisado á dar un paso que hace erizar mis cabellos.» Esto dicho, tomó trescientos soldados, marchó á Westminster, y dejando aquellos fuera, penetró solo en la Cámara, pues era diputado.

Después de escuchar algunos momentos en silencio la deliberación, llamó á Harrison, miembro como él de la Asamblea, y le dijo al oído: «Es tiempo de disolver el Parlamento.» Harrison le respondió: «Es una medida arriesgada: ¡meditadlo bien!»

Cromwell volvió á esperar; luego, levantándose bruscamente, abrumó de ultrajes á los Comunes, acusándolos de esclavitud, de crueldad y de injusticia. «¡Ceded el puesto! gritó fuera de sí; el Señor ha concluido

con vosotros, y ha elegido otros instrumentos de sus obras.» Sir Peters Wenworth quiso replicar, pero Cromwell le interrumpió diciendo: «Yo haré cesar esta charlatanería. ¡Vosotros no sois un parlamento; os digo que no sois un parlamento!»

El general golpeó el suelo con el pié: á esta señal se abrieron las puertas, y dos filas de mosqueteros, acudidos por el teniente coronel Worsley, entraron en la cámara y se colocaron á derecha é izquierda de su general. Vane quiso hablar, pero Cromwell le dijo: «¡Oh, señor Enrique Vane, señor Enrique Vane! ¡Libreme Dios del señor Enrique Vane! Señalando entonces unos tras otros á algunos de los diputados presentes, les dijo: «Tú eres un borracho, tú un disoluto, (y se dirigía á Martyn, el regicida cuyo rostro había embadurnado de tinta); tú un adúltero, tú un ladrón.» Todas estas calificaciones eran exactas. Harrison hizo bajar al orador de su sillón, alargándole la mano. Los diputados abandonaron despavoridos y en tropel el recinto, huyendo sin atreverse á desenvainar la espada que casi todos ceñían. «Me habeis obligado á esto, decía Cromwell, aunque he pedido al Señor noche y día me diese la muerte antes que encargarme de esta comisión.»

Entonces, señalando con el dedo á los soldados la maza de armas, les dijo: «¡Lleaos ese embelec!» Fue el último en salir, hizo cerrar las puertas, guardó las llaves en su bolsillo, y se retiró á Whitehall. Al día siguiente pendía de la puerta de la cámara de los Comunes este sarcástico rótulo: *Se alquila esta habitación, sin muebles.* Así fue expulsado de Westminster el Parlamento; pero la libertad le sobrevivió.

Nótense las justicias del cielo: aquellos diputados, que habían dado muerte á su legítimo señor, pretendiendo que había hollado los derechos del pueblo; aquellos diputados que habían arrojado violentamente de sus puestos á no escaso número de sus colegas, fueron dispersados por uno de sus cómplices, mucho mas culpable que Carlos, respecto de los derechos de la nación. Pero es harto frecuente que lo que se disputa á la legitimidad se conceda á la usurpación, porque los hombres, en su orgullo, se consuelan de la esclavitud cuando han elegido su tirano entre sus iguales.

Bonaparte hizo saltar en Saint-Cloud por las ventanas á los republicanos, con menos firmeza y decisión política que Cromwell ostentó al disolver el parlamento Largo. La Inglaterra republicana aceptó el yugo: las tempestades habían abortado su rey, y se sometieron á él.

La verdadera república solo duró cuatro años y tres meses en Inglaterra, contando desde la muerte del rey ocurrida en 30 de enero de 1649, hasta la completa disolución del *rump*, el 20 de abril de 1653. Esta breve república no careció de gloria en lo exterior, ni tampoco de virtudes, libertad y justicia en lo interior. Es cierto que los miembros de la cámara de los Comunes se excluyeron mutuamente de la Asamblea legislativa; pero no se diezmaron ni se asesinaron unos tras otros, como los convencionales. La república francesa existió doce años, desde 1792 á 1804, hasta la erección del imperio, tiempo de gloria y de conquista en lo exterior, pero de crímenes, de opresión y de iniquidad en lo interior. Esta diferencia entre dos revoluciones que en último resultado han producido la misma libertad, procede únicamente del sentimiento religioso que animaba á los innovadores de la Gran-Bretaña, y los principios de irreligión de que hacían alarde los fautores de discordias en Francia. En la superstición pueden existir algunas virtudes, mas no en la impiedad. Los revolucionarios ingleses, fanáticos, conocieron el arrepentimiento, al paso que los revolucionarios franceses, ateos, no lo experimentaron, porque eran insensibles como la materia y la nada.

## EL PROTECTORADO.

1653—1658.

Fácil hubiera sido á Cromwell convocar un parlamento libre, pero no le plugo hacerlo: buscaba el poder, que no la libertad. La Inglaterra, por otra parte, estaba cansada de parlamentos, y después de la anarquía se respiraba para el despotismo. El consejo de los oficiales, que había presentado la petición decisiva, se abrogó el derecho de elección, y eligió, siempre sugerido por Cromwell, los hombres mas oscuros, ignorantes y fanáticos del partido millenario; y ciento cuarenta individuos, así escogidos, fueron investidos del poder supremo. El mayor general Lambert, que se apellidaba republicano, siendo un servil, y Harrison, demócrata de buena fe pero de menguada inteligencia, prestaban su apoyo á todas las demasías. Harrison, partidario de la quinta monarquía, pedía únicamente que el nuevo consejo se compusiese de setenta y dos miembros, para que se pareciese mas al Senhadrin de los judíos. En el club legislativo de los ciento cuarenta santos, era preciso tener largos nombres compuestos, y tomados de la Escritura; así como los que componían los clubs durante la revolucion francesa se llamaban *Escévola* y *Bruto*. De los dos hermanos Barebone, uno, el corredor, se llamaba *Alaba á Dios*; y el otro, *Si Cristo no hubiese muerto por vosotros, os hubierais condenado, Barebone*. Este Barebone, cuyo nombre significa en francés *descarnado*, dió su nombre á los ciento cuarenta y cuatro: al parlamento *croupion* sucedió el parlamento *Condenado Barebone*, ó el *Condenado descarnado*.

En una lista de jurados del ducado de Sussex se ven los nombres de White de Emer, *Combates por la buena causa de la fe*; de Pimple de Whitam, *Mata el pecado*, y de Harding de Lewes, *Lleno de la gracia*. Cuando los santos entraban en sesion en Westminster, recitaban oraciones, buscaban al Señor dias enteros y explicaban la Escritura: hecho esto, ocupábanse de los negocios de cuyo espíritu se juzgaban poseídos. Cromwell abrió la sesion de los *descarnados* con un discurso que acompañó de piadosas lágrimas, dando gracias al cielo por haber vivido bastante para asistir al principio del reinado de los santos en la tierra.

En medio de todas estas locuras se formaban las nuevas costumbres y se arraigaban las instituciones. Estos caracteres eran tan ridiculos porque eran originales: pero todo lo que está poderosamente constituido encierra un principio de vida. Los cortesanos de Carlos II pudieron reirse de ellos, pero aquellos fanáticos de buena fe dejaron una posteridad que dió su merecido á los cortesanos.

Whitelocke dice que algunos hombres ilustrados y de elevada gerarquía tomaban asiento en el parlamento Barebone. Ludlowe pinta á los *descarnados* como una turba de honrados mentecatos, bastante parecidos á nuestros filántropos. Whitelocke era un parlamentario tímido, que había huido por no verse precisado á condenar á Carlos I, y que se filiaba siempre en el partido del mas fuerte; Ludlow era un parlamentario decidido, asesino del rey y enemigo de Cromwell.

No habían trascurrido aun cinco meses, cuando los ciento cuarenta y cuatro santos, incapaces ya de gobernar en medio de la risa general, encargaron á Rouse, su orador y hechura de Cromwell, entregase la autoridad en manos del que les había investido de ella. Cromwell había previsto este caso, y aceptó gimiendo el peso de la autoridad soberana.

Algunos imbéciles, extraños á la facción militar, se obstinaron en permanecer funcionando á pesar de la desercion del orador y del alguacil que se había llevado la maza de armas. El capitán White entró en la Cámara, y preguntó á aquellos santos pertinaces qué hacían allí (era el 12 de noviembre de 1653). «Busca-

do al Señor,» le respondieron. «Buscadlo en otra parte, replicó White, pues ha muchos años que el Señor no se ha dejado ver por estos lugares.» Y diciendo y haciendo, mandó á sus esbirros expulsar á aquellos delirantes. No obstante, el verdadero principio republicano existía entonces en el ejército inglés mas que en las autoridades civiles; pero no cabe alianza duradera entre el poder constitucional y la autoridad militar, pues cuando la libertad se refugia en el altar de la victoria, no tarda en ser inmolada: sacrifícasela para obtener el viento de la fortuna.

Todos los diferentes partidos, excepto el de los santos y el de los verdaderos republicanos, el partido del rey, el del episcopado, el militar y el de los golillas que habían temido la reforma de las costumbres y la simplificación del código de procedimientos; todos los intereses, todas las ambiciones, todas las malas artes, y el cansancio general aplaudían las empresas de Cromwell: este fue cumplimentado por el ejército, por la armada y por las autoridades civiles, porque todos esperaban ansiosos y llenos de curiosidad lo que haría del poder: su fábrica estaba dispuesta y sus obreros prontos á empezar los trabajos.

Convocado el consejo de los oficiales, el mayor general Lambert leyó un escrito intitulado: *Instrumento de gobierno*, reducido á una constitucion que colocaba el poder legislativo en un parlamento y un protector. Estableciase igualmente que los miembros de este parlamento serian elegidos por el pueblo; que funcionarían anualmente cinco meses, á voluntad del protector; que este tendría el veto suspensivo; que nombraría todos los empleos civiles y militares; que en los interregnos de las sesiones, la nacion seria gobernada por el protector y por un consejo compuesto de veinte y un miembros, cuando mas, y de trece, cuando menos.

Suplicóse á Cromwell que aceptase el protectorado, y descendió sin oposicion con los votos de sus pueblos. El corregidor y los aldermen de Londres fueron invitados á concurrir á una ceremonia de instalacion en la sala de Westminster. El Protector prestó juramento al *Instrumento de gobierno*, obra suya. El general Lambert, hincando en tierra una rodilla, le presentó una espada envainada; los comisarios le entregaron los sellos, y el corregidor de Londres le dió una espada desnuda; el vasallo de los Estuardos, ya monarca absoluto de los tres reinos, fue á descansar en el palacio del rey á quien había asesinado.

El primer parlamento convocado por Cromwell no correspondió á lo que de él esperaba, pues se manifestó en su seno un espíritu de libertad, que la opresion militar no pudo ahogar. En vano el Protector habló al abrirse el Parlamento, de los excesos de la libertad; declamó ingrato contra lo que le había dado el poder, esto es, los agitadores, los niveladores, los millenarios y las otras diferentes sectas; en vano tronó contra una igualdad quimérica, y elogió la division de las clases en nobles, gentiles-hombres y estado llano; pero aunque su discurso era razonable en el fondo, y hasta de acuerdo con la opinion nacional, adicta aun á los principios de la antigua sociedad, no era esta la cuestion para los Comunes, que solo se ocuparon del poder del Protector, y del bastardo origen de que emanaba. El Parlamento no veía que era tan legítimo como el protectorado, puesto que uno y otro existían únicamente en virtud de una pretendida constitucion, confeccionada por quien no había tenido derecho de formularla.

Viéndose Cromwell en peligro, no titubeó: después de la violenta disolucion del parlamento Largo, la violacion de la representacion nacional había llegado á ser una especie de jurisprudencia política. El Protector puso guardias á la puerta de Westminster, con orden expresa de no permitir la entrada sino á los diputados que se brindasen á firmar una obligacion en

cuya virtud reconociesen la autoridad del Parlamento y de uno solo. Ciento treinta miembros firmaron desde luego, y otros se apresuraron á imitar la villanía de sus cólegas. Nada excita mas emulacion que la hajeza: hay una especie de héroes de vileza á quienes no permiten permacer ociosos los triunfos de la cobardía.

Cromwell, una vez Protector, tomó el título de Alteza. Acuñaéronse diferentes medallas en su honor: una lo representaba en busto con esta inscripcion: *Oliverius Dei gratia, Reipublice Angliæ, Scotiæ et Hiberniæ Protector*; en otra cara campeaba el escudo de armas de Inglaterra, y en el exergo se leían estas palabras, grabadas después en las monedas contemporáneas: *Pax queritur bello*. Otras medallas presentan un corpulento olivo á cuya sombra descuellan otros dos mas pequeños, símbolos del Protector y de sus hijos. La inscripcion dice: *Non deficient Olivarii*. La adulacion no hablaba un latin tan castizo como en tiempo de Tiberio.

Quando los oficiales fueron á cumplimentar á Cromwell por su modestia en no haber aceptado sino el título de Protector, puso la mano sobre su espada y les dijo: «Esta espada me ha elevado; si intentara encumbrarme mas, ella me mantendrá en la esfera que me plazca ocupar.»

No obstante, por grandes que sean la pusilanimidad de los hombres y su temor al poder, es imposible apagar en una asamblea deliberante todo principio vital. Los miembros de los Comunes, á pesar de la obligacion firmada, examinando con madurez el *Instrumento de gobierno*, se reservaron el nombramiento del sucesor de Cromwell, desechando el principio del protectorado hereditario por una mayoría de doscientos votos contra sesenta.

Terminados los cinco meses de sesion, Cromwell reunió el Parlamento en 22 de enero de 1655 en la *Sala pintada*, y se desató en improprios, tratando á los diputados de parricidas por haberle disputado su autoridad, olvidando que él no era otra cosa que un regicida; declaróles ademas que si la república debía padecer, era preferible que fuese dependiente de los ricos que de los pobres, quienes, segun dice Salomon, cuando oprimen nada dejan en pos de sí. Cromwell había sido herido en su orgullo en la discusion relativa al protectorado hereditario, dejando por este medio la esperanza de sucederle á los principales oficiales y especialmente al mayor general Lambert.

Disuelto el Parlamento, Cromwell convocó otro, para obtener, segun decia, el dinero necesario para el servicio del ejército y de la escuadra, para robustecer el *Instrumento de gobierno*, y en fin, para legalizar la autoridad de los mayores generales. Eran estos unos comisarios militares, encargados de levantar sobre los bienes de los realistas, á causa de algunos movimientos insurreccionales por parte de estos, una contribucion arbitraria, equivalente al diezmo de sus fortunas. Cromwell corrompió hasta donde le fue posible las elecciones, y anuló las que le eran menos favorables.

De todo esto surgió al fin un parlamento que bajo el nombre de *Humilde peticion y parecer*, invitaba al Protector á tomar el título de rey, y á reunir otra cámara; es decir, una especie de cámara de Pares, compuesta de setenta miembros, nombrados por Cromwell.

Conceptuóse este obligado á rehusar la corona en un largo y oscuro discurso, en que trasporaban á la vez su disgusto por rehusar la diadema, y su satisfaccion por reproducir la escena representada por César. Muchas veces había hecho contravenir en su presencia la cuestion del *mejor gobierno*: casi en la misma época escribía el gran Corneille la escena de Cinna.

Bonaparte no titubeó en coronarse, bien fuese por-

que viéndose rodeado de mas gloria, abrigase mas audacia; bien porque la Francia, mas desgraciada en su revolucion que Inglaterra en la suya, temiese menos perder la libertad.

El nuevo parlamento confirmó y confirmó de nuevo á Cromwell el título de Protector, con la facultad de nombrar su sucesor, lo que hacia de hecho hereditario el protectorado. Tambien este parlamento fue disuelto á causa de los temores que inspiraba á su dueño; acaso Cromwell aborrecia en su interior á aquellos diputados harto candorosos, porque no le habían cedido á la fuerza la corona. La usurpacion se entregaba de esta manera á esas frecuentes disoluciones que habían perdido á la legitimidad; pero el brazo de Cromwell era asaz mas poderoso que el de Carlos: este brazo podía mantener en pie sobre ruinas lo que una fuerza ordinaria no hubiera podido evitar que viniese á tierra.

Prescindase de la ilegalidad de las medidas de Cromwell, ilegalidad á que después de todo se veía tal vez precisado á apelar para mantener su ilegal poder, y se verá que la usurpacion de este gran hombre fue gloriosa. En lo interior hizo reinar el orden, pues á semejanza de muchos déspotas, era amigo de la justicia en todo lo que no se relacionaba con su persona; y tal es la excelencia de la justicia, que sirve para consolar á los pueblos de la pérdida de su libertad. El fanático y regicida Cromwell, dueño del poder, fue tolerante en religion y en política; promulgó el bill de la libertad de culto y de conciencia; empleó los realistas leales; Hale, magistrado íntegro, y celoso partidario de los Estuardos, fue colocado al frente de la magistratura; Monk, que mandó los ejércitos y las escuadras del Protector, era un realista que en otro tiempo había sido hecho prisionero en el campo de batalla por los parlamentarios, y lo recordó al triunfar la restauracion.

Cromwell amaba y protegía la nobleza inglesa. Esta no pereció como andando el tiempo la nobleza francesa, porque no separó enteramente su causa de la general, y tambien porque la revolucion de 1640, emprendida en favor de la libertad y no de la igualdad, no atacaba la aristocracia. Los Falkland, los Stafford y los Clarendon habían sido miembros de la oposicion en aquellos famosos parlamentos que tanto contribuyeron á restringir los excesivos privilegios de la corona, y hasta la muerte de Carlos I hubo una cámara de Pares. Essex, Denbigh, Manchester, Fairfax y tantos otros, se distinguieron en el servicio parlamentario de tierra y de mar; multitud de lores tomó parte en la administracion, y se hicieron elegir miembros de los Comunes en los parlamentos de la república y del protectorado, y se dejó ver en los consejos y hasta en la corte de Cromwell. No hubo una emigracion sistemática; y si bien es cierto que perecieron algunos nobles, el cuerpo patricio subsistió incólume en Inglaterra, porque había tenido el buen criterio de seguir, y aun de iniciar el movimiento nacional.

La administracion del Protector fue activa, vigilante, vigorosa, pero demasiado fundada en la corrupcion de la policia, á la que tenía una decidida propension, y le sacrificaba cuantiosas sumas. Todas las clases dependientes del erario estaban pagadas con regularidad, con un mes de anticipacion; y las pingües pensiones señaladas á los hombres influyentes creaban intereses, si no podían crear deberes.

En lo exterior, Cromwell acabó de humillar la Holanda y de hacer reconocer la superioridad del pabellon británico, por lo que las naciones extranjeras buscaron su alianza. Richelieu había favorecido los primeros disturbios de Inglaterra, tomándolos por tempestades pasajeras, que ocupando en su propia casa á los enemigos, concedían algun descanso á la Francia; empeño no había reflexionado que se trataba de una revolucion, que acrecentando el vigor del pueblo inglés,

solo dejaría a Mazarino desprecios que devorar: alimento, por otra parte, muy análogo al temperamento del cardenal.

Dunquerque fue entregada á Cromwell por Mazarino; Blake se apoderó de la Jamaica, y la España se vió precisada á ofrecer grandes reparaciones. Háse advertido que Cromwell se abandonó á su pasión religiosa más que á los consejos de una sana política, al aliarse con la Francia contra España. Esta reflexión, hecha despues de los acontecimientos, no presenta actualmente profundidad alguna, aunque es curioso hallarlas en las *Memorias de Ludlow*. Es verdad que este fue testigo de los triunfos de Luis XIV, y sobrevivió mucho tiempo á Cromwell, cuyo enemigo era.

El Protector trató á la subyugada Irlanda como país de conquista. Los desgraciados irlandeses fueron trasladados por miles á las colonias, y considerable número pereció en los suplicios. Unas leyes draconianas y extranjeras substituyeron aquellas antiguas costumbres hijas del suelo, y cuya autoridad se perpetuaba mediante las tradiciones, delante de alguna imagen de la Virgen, colocada sobre un matorral y al son de una gaita. Vendiéronse las tierras, dándose mil acres de terreno por 1,590 libras esterlinas en el canton de Dublin; por 1,000 en el de Killkenny; por 800 en el condado de Wexford, y por 600 en los diferentes de la provincia de Leinster. Las colonias militares recibieron las tierras situadas á las inmediaciones de Slego, de Colke y de Collel. Los habitantes quedaron reducidos á la condicion de siervos de los soldados ingleses en el Connaught.

Oliverio extendió su autoridad protectora hasta sobre los vándenes, en las montañas de la Suiza. Habiendo el hermano del embajador de Portugal en Londres dado muerte á un inglés, Cromwell le hizo decapitar. El orgulloso usurpador, firmando un tratado, escribió su nombre sobre el de Luis XIV. En 1657 envió su retrato á la reina Cristina con un dístico que decía que la frente de Cromwell no era siempre el espanto de los reyes.

De este orgullo del Protector nació la afectada soberbia de los ingleses por espacio de siglo y medio, y que no desapareció sino ante las victorias de la revolución francesa, que han colocado la Francia al nivel de la revolución inglesa.

Sin embargo, Cromwell no fue dichoso, pues todo su poder no alcanzó á impedir que la verdad hiciese oír su voz. Cuando se reconcentrabá en sí mismo, recordaba siempre que había asesinado al rey ó á la libertad, y le era preciso optar entre uno ú otro remordimiento. El Protector contaba que en su niñez se le había presentado una mujer desconocida que le había anunciado, como las magas de Machet, que sería rey. La conciencia de Cromwell presentaba cuando aun era inocente, la tranquila vision de la soberanía real; pero al hacerse culpable le envió el sangriento fantasma de esta. Colocado entre los realistas y los republicanos, que le amenazaban igualmente, se sentía poco satisfecho del equívoco título con que la legitimidad y la libertad le habían precisado á contentarse. Estallaron muchas conspiraciones de los *caballeros*: las de Bagnal, hijo de lady Terringham, de Penruddock, del capitán Grove, del doctor Hervet y de sir Enrique Slingsby. Algunos hombres de la quinta monarquía se agitaron tambien: un alférez de caballería llamado Day pertenecía á la asamblea republicana de Coleman-Street, en la que se trataba á Cromwell de perverso y traidor, y algunos regicidas sospechosos fueron encerrados en el castillo de Carisbrook, que había servido de encierro á Carlos I. Los jueces, y sobre todo los jurados, contrariaban el despotismo del Protector, que volviendo á hallar la libertad atrincherada detrás de esta barrera, se veía obligado á buscar los tribunales adecuados á su gobierno, esto es, los consejos de guerra y las comisiones.

Los folletos políticos, una petición firmada por muchos oficiales, un libelo titulado el *Memento*, y especialmente el famoso escrito *Killing no murder* (matar no es asesinar), acabaron de destruir el reposo de Cromwell. El coronel Tito, bajo el nombre supuesto de *William Allen*, era el autor del último escrito. En una dedicatoria irónica dirigida á su alteza Oliverio Cromwell, Tito invitaba á su alteza á morir por la felicidad y la emancipacion de los ingleses: decía que su muerte era el deseo general, el ruego comun de todos los partidos, que solo en este punto estaban de acuerdo: Tito firmaba W. A., *ahora vuestro esclavo y vasallo*.

Finalmente, la familia de Cromwell era para él otro motivo de tormento y zozobras, pues hallaba entre los suyos dos especies de oposiciones igualmente violentas: sus tres hermanas se enlazaron con hombres que habían votado la muerte de Carlos I. Tuvo dos hijos y cuatro hijas: Ricardo, protector despues de su muerte, era realista; y Enrique, lord lugar-teniente de Irlanda, tenía parte de los talentos y opiniones de su padre, pero con mas moderacion que él.

Su hija mayor lady Briget, de opiniones republicanas, casó en primeras nupcias con el famoso Ireton, y despues de la muerte de este se unió al teniente general Fleetwood. Lady Isabel, su segunda y mas querida hija, había dado su mano á lord Claypole, enemigo declarado de la tiranía, siendo así que ella era acérrima realista.

Lady Maria, cuya opinion es poco conocida, se enlazó con lord Falcombridge, muy activo en la restauracion. Por último, lady Francis, la mas jóven de las hijas del Protector, se casó clandestinamente en apariencia con Roberto Rich, nieto del conde de Warwick. Roberto solo vivió tres meses, y su viuda contrajo nuevo matrimonio con sir John Russell.

El destino de esta última hija de Cromwell fue bastante singular. Lord Broghill había concebido la idea de darla en matrimonio á Carlos II. Lady Francis se brindaba á este extraño proyecto, al paso que Cromwell, bastante tentado, solo lo rechazaba diciendo: «Carlos II es bastante reprensiblemente disoluto para perdonarme la muerte de su padre.» Difícil es juzgar si Carlos habría aprobado, por política ó por ligereza, esta union parricida. El proyecto fracasó porque lady Francis se apasionó de Jerry White, á la vez capellan y bufon de Cromwell, que habiendo sido sorprendido por el Protector de rodillas á los piés de lady Francis, se vió en la necesidad de casarse, para salvarse, con una de las doncellas de su amada. El matrimonio, primero clandestino, de lady Francis con Roberto Rich, se celebró luego públicamente el 14 de noviembre de 1657. Acordándose el Protector en esta solemidad de los juegos de su primera juventud, arrancó á su yerno la peluca, y derramó confituras líquidas en los vestidos de las mujeres: esta vez á lo menos los convidados pudieron permanecer en la sala del baile.

De esta manera hallaba Cromwell en su familia, ya republicanos y republicanos que detestaban su grandeza, ya realistas que le echaban en cara sus crímenes. Lady Claypole no le dejaba respirar; Ricardo se había arrojado á los piés de su padre para obtener la vida de Carlos I. La esposa del Protector, aunque vanidosa, veía con temor su ilegal fortuna; y tratada con decoro, pero excesivamente amada por su marido, deseaba se transigiese con el monarca legitimo. Por último, la madre de Cromwell, á quien este amaba y respetaba, le había suplicado tambien salvarse al rey; deseaba verle todos los dias una vez al menos, y al oír la detonacion de un arma de fuego, exclamaba: «¡Mi hijo ha muerto!»

Estas disensiones domésticas y de todos los momentos, que turban la vida de un hombre mucho mas que los grandes acontecimientos políticos, no podían oírse en las distracciones que Cromwell buscaba;

habiéndose apasionado de lady Dysert, duquesa de Lauderdale, los santos se escandalizaron; y tambien llegó á creerse que hacia oraciones demasiado largas con mistress Lambert. Muchos bastardos que se han envanecido, á acaso falsamente de su nacimiento, probaron que el regicida Cromwell, tan severo enemigo de la disolucion y la licencia, el profeta que comunicaba directamente con Dios, había caído en la debilidad comun á casi todos los grandes hombres, tanto mas frágiles cuanto mayor es su gloria.

Todos los monarcas habían renunciado á divertirse con el espectáculo de la degradacion humana, por hallarse quizá heridos aun de algunas verdades ocultas bajo unas soces bufonadas, y habían alejado ya de sus córtes á esos miserables llamados locos. Cromwell, empero, tenía cuatro; ora fuese porque este asesino de los reyes se complaciese en rodearse de lo que había degradado los reyes, regicida tambien respecto de su memoria; ora porque, no atreviéndose á empuñar su cetro, afectase la imitacion de las costumbres que este supone; ora en fin porque hallase en su natural inclinación á las escenas grotescas, cierta semejanza con los placeres régios. Pero todos los bufones de la tierra no hubieran podido desahogar de su corazon la tristeza que de él se había apoderado. Su córte, ó por mejor decir, su casa, era á la vez una especie de cuartel y un seminario, donde algunas bulliciosas fiestas desahogaban dos ó tres veces al año la frente de los predicantes y de los veteranos. Desde la publicacion del folleto *Killing no murder*, no se vió sonreír mas á Cromwell, que se veía abandonado por el espíritu de la revolución, origen de su grandeza. La revolución, que le había tomado por guía, no le quería ya por dueño; su mision había terminado, pues ni su nacion ni su siglo le necesitaban ya. El tiempo no se detiene para admirar la gloria: sírvase de ella, y pasa adelante.

Este gran renegado de la independencia, sospechaba hasta de sus guardias, que hacia relevar tres ó cuatro veces al dia, y cuyas conversaciones espiaba disfrazado. Pasaba su vida escuchando los dichos de sus numerosos espías, y no se atreva ya á mostrarse en público sino cubierto con una coraza oculta bajo su vestido, miserable cilicio del miedo; llevaba además en sus bolsillos pistolas cargadas; así es que probando cierto dia un tiro de caballos frisonos, cayó y salió el tiro de una de ellas. Cuando viajaba, lo hacia con tanta rapidez, que se sabía había pasado por un lugar cuando había salido de él. Durante la noche vagaba por el palacio de Whitehall testigo del gran sacrificio, como un espectro perseguido por otro; casi nunca se acostaba dos veces consecutivas en el mismo aposento, atormentado allí por sus remordimientos, como la viuda de Carlos se vió desolada mas tarde por sus recuerdos.

La muerte de lady Claypole aumentó la negra melancolía de Cromwell: esta mujer, jóven todavía, devorada en Hamptoncourt por una penosa enfermedad, sucumbió abrumado á su padre de reconvencciones, y llamándole, por decirlo así, en pos de ella.

No tardó en seguirla: hacia algun tiempo que padecía de un humor en una pierna; y habiéndole acometido la calentura en el mismo palacio donde su hija había exhalado el último suspiro, fue trasladado á Londres. Fiel á su carácter, Cromwell declaró que había tenido revelaciones de que sanaria para ser útil á su país; y los capellanes de Whitehall anunciaban el próximo restablecimiento del profeta; mas este murió, á pesar de tan faustas predicciones, á la edad de cincuenta y nueve años, el 3 de setiembre de 1658, aniversario de las victorias de Dumbur, de Worcester y de la apertura del primer parlamento protectoral.

«Cromwell iba á destruir toda la cristiandad dice »Pascal; la familia real se veía perdida, y la suya se »hubiera mostrado siempre dominadora, sin un pe-

»queño grano de arena que se introdujo en su uretra; la misma Roma iba á temblar ante él; pero »aquella arenilla, insignificante en sí misma, pero »terrible en tal lugar, fue causa de su muerte, del »hundimiento de su familia y de la rehabilitacion del »rey.»

Nada es cierto en esta relacion de Pascal sino la nada de la gloria y de la naturaleza humana á que en ella se alude. Una de esas tempestades que preceden, acompañan ó siguen á los equinoccios, estalló en el momento de la muerte del Protector: el poeta Waller, que cantaba todos los poderes, anunció en bellísimos versos que los últimos suspiros de Cromwell habían estremecido la isla de los Bretones; que el Océano se había conmovido al perder á su señor, y que Cromwell había desaparecido en una tempestad cual otro Rómulo. Toda esta poética fraseología no tenía otra realidad que una calentura y algunas ráfagas de viento.

Cromwell participó algo del carácter de Hildebrando, de Luis XI y de Bonaparte, pues fue á la vez sacerdote, tirano y gran hombre, y su genio reemplazó en su país la libertad. Encerraba en sí mismo bastante poder para que le fuese posible crear otro; así pues, mató todas las instituciones que halló ó que le plugo dar.

La mayor parte de los soberanos de Europa se pusieron crespones fúnebres para llorar la muerte de un regicida, y Luis XIV llevó el luto de Cromwell al lado de la viuda de Carlos I. ¿Una corona usurpada absuelve de un crimen?

El nombre de Cromwell, que ocasionaba la cobardía europea, hacia pasar en Inglaterra el poder absoluto á las manos del débil Ricardo; ¡tal es el poder de la gloria! Cromwell dejó el imperio á su hijo; pero los genios en que comienza un nuevo orden de cosas, sea para el bien, sea para el mal, son solitarios y solo se perpetúan por sus obras, nunca empero por sus razas.

El Protector vivió la edad propia de los hombres de su temple: su mas corto reinado es por lo regular de nueve á diez años, y el mas largo, de veinte á veinte y dos. Estos cálculos históricos, que nada parece desmentir, descansan sin duda en alguna verdad natural; acaso la fuerza física de un hombre, colocado en el punto mas alto de las revoluciones, se encuentra agotada en un período de tres ó cuatro lustros.

Acabemos ahora lo que se refiere á Cromwell, aunque sea anticipando algo los hechos.

Thurloe declaraba que Cromwell había subido al cielo, embalsamado con las lágrimas de su pueblo; pero Cromwell, mas franco en el momento en que la gran verdad, es decir, la muerte, se presenta á los hombres, dijo: «Muchos me han estimado en demasía, al paso que otros desean mi fin.» La bajeza de la liasonja que sobrevive al objeto de la adulacion, no es otra cosa que la escusa de una conciencia mezquina, puesto que si se ensalza á un dueño que ya no existe, es para justificar, mediante la fingida admiracion, el pasado servilismo.

Ricardo hizo magníficas exequias á su padre, cuyo cadáver embalsamado fue expuesto durante dos meses en el palacio de Sommerset, en una sala colgada de terciopelo negro, y en la que no se contaban menos de mil luces. Una figura de cera con vestido de brocado de oro forrado de armiño, ceñida la espada, con un cetro en la mano derecha y una esfera en la izquierda, representaba al Protector: esta imagen estaba tendida en un lecho fúnebre. Un epitafio compendiaba la historia de Cromwell y de su familia, y decía: «Murió con gran seguridad y calma en su lecho.» Palabras eran estas que se adaptaban mejor á Carlos I, excepto las tres últimas.

La figura de cera fue luego puesta en pie sobre un estrado como para anunciar una resurreccion; ó como decian los *independientes*, indignados de aquellas pompas papistas, para representar el tránsito de un

alma del purgatorio al paraíso. El 23 de noviembre la imagen volvió a ser colocada en posición horizontal en un hermoso féretro que llevaron en hombros diez gentiles-hombres para trasladarlo a una carroza, y toda la comitiva se trasladó a Westminster, llevando lord Claypole el caballo de Cromwell. El féretro fue depositado en la capilla de Enrique VII; mas no se ve actualmente en Westminster la efígie de Cromwell, sino la de Monk, y búscanse también en vano sus cenizas.

Muchos se complacieron en decir y en escribir, en el momento de la restauración de Carlos II, que Cromwell, previendo los ultrajes de que sus restos podrían ser juguete, había mandado fuesen arrojados al Támesis, ó que se les diese sepultura en el campo de batalla de Naseby á nueve pies de profundidad; Barkstead, regicida, lugar-teniente de la Torre, y protegido por Cromwell, había, según se decía, hecho ejecutar esta orden por su hijo. Decíase finalmente que los cadáveres de Carlos I y de Cromwell habían sido cambiados de un sepulcro á otro, de manera que Carlos II, sediento de venganza, había hecho ahorcar el cadáver de su propio padre en lugar del asesino de este. Pero estas sombrías suposiciones inglesas se desvanecen á la luz de los hechos: el no verse sino la imagen de cera del Protector en la fúnebre solemnidad, consistió en que el estado de las carnes, á pesar del embalsamamiento, precisó á trasladar el cadáver á Westminster antes de la ceremonia pública; la inhumación precedió á los funerales. El cadáver de Carlos I, hallado en nuestros días en Windsor, prueba que el asesino no había ido á dormir bajo el techo del asesinado, y que satisfecho con haberle arrebatado la corona, le dejó su ataúd.

Si fuesen menester mas testimonios, diríamos que aun se conserva la plancha de cobre dorado hallado sobre el pecho de Cromwell, cuando se abrió su tumba en Westminster. Esta plancha, encerrada en una caja de plomo, fue entregada á Norfolk, heraldo de la cámara de los Comunes, y en ella se lee esta inscripción:

*Oliverius Protector reipublicæ Angliæ, Scotiæ et Hiberniæ, natus 25º aprilis anno 1599, inauguratus 16 decembris 1653º, mortuus 3 septembris, anno 1658, hic situs est.*

Nos queda además otra prueba de la exhumación: la terrible historia ha guardado en el tesoro de sus cartas el recibo del albañil que rompió, por mandato superior, el sepulcro del Protector, y que recibió la cantidad de 15 chelines por su trabajo. Hé aquí este recibo con su redacción original, para que hasta las faltas del ignorante artesano atestigüen la autenticidad del documento:

*May the 4<sup>th</sup> day, 1661, rec.<sup>d</sup> then in full, of the worshipful serjeant Norfoke, fiveteen shillings, for taking ut the corpses of Cromell et Ierton, et Brasaw.*

Rec. by me JOHN LEWIS.

«El cuarto día de mayo de 1661 he recibido en totalidad del respetable heraldo Norfoke, quince chelines, por sacar los cuerpos de Cromell, et Ierton et Brasaw.

«Recibido por mí, JOHN LEWIS.

Vemos por la fecha de este documento, 4 de mayo de 1661, que John Lewis había presentado una larga cuenta al gobierno: los huesos de Cromwell fueron expuestos en Tyburn el 30 de enero del mismo año.

La Francia conserva también algunos recibos de los asesinos del 2 de setiembre de 1792, declarando haber recibido cinco francos por haber trabajado en pro del pueblo. En uno de estos recibos se ve impresa

la huella de los dedos ensangrentados del firmante. Finalmente, hé aquí literalmente traducido el documento oficial que da cuenta de la exhumación:

Enero 30 (1661).

«Los odiosos esqueletos de O. Cromwell, H. Ireton y J. Bradshaw, arrastrados sobre zarcos hasta Tyburn, fueron arrancados de su ataúd: allí colgados en los diferentes ángulos de aquel triple árbol (triple tree), hasta ponerse el sol; entonces fueron descolgados, decapitados, y sus troncos inmundos arrojados á un agujero profundo al pié de la horca. Después de esto sus cabezas fueron expuestas en unas estacas en la cúspide de Westminster-Hall.»

Es, pues, evidente que el cadáver de Oliverio fue depositado en Westminster, pero no permaneció allí mucho tiempo. Mas, ¿qué había que temer de él? ¿Podía su esqueleto cortar las cabezas de los esqueletos coronados, apoderarse del polvo de los reyes, y usurpar su nada? Como quiera que sea, el 30 de enero, aniversario del regicidio, los restos del Protector pendieron de una horca.

Cromwell había visitado á Estuardo en su féretro, lo había tocado con su mano, y se había cerciorado de que la cabeza estaba separada del tronco: Carlos II fue, en su tiempo, apoyado también en una cámara de los Comunes, á devolver á los huesos del Protector la visita hecha á los de Carlos I: venganza estúpida, porque si por una parte no se puede arrancar la vida á lo que es inmortal, por otra, no es posible dar la muerte á la muerte.

Los dispendiosos funerales que nada añadan á la grandeza del hombre, y que no legitimaban al usurpador, arruinaron á Ricardo Cromwell, que se vió precisado á pedir á los Comunes un bill suspensivo de las leyes, para no ser preso á consecuencia de las deudas contraídas por las exequias de su padre. La Inglaterra, que no pagó el entierro del hombre que había reconocido como señor, se encargó después de los gastos de inhumación de un simple ministro de Hacienda.

¿Cuál fue el destino de la familia de Cromwell? Ricardo tuvo un hijo y dos hijas, pero el hijo no vivió. Enrique habitó una pequeña quinta, en la que Carlos II entró un día por casualidad, al regresar de caza. Posible es que algun heredero directo de Cromwell por la línea de Enrique, sea actualmente algun ignorado campesino irlandés, acaso católico, que se alimenta de patatas en el territorio de Ulster, que ataca durante la noche á los orangistas, y lucha con las leyes atroces del Protector. Y es posible también que este desconocido descendiente de Cromwell haya sido un Franklin ó un Washington en América.

Lady Claypole murió sin sucesión; y sabemos por un capellan de Cromwell, que lady Falconbridge murió también sin posteridad. Quedaron lady Rich, mas tarde lady John Russell, y lady Ireton, que contrajo segundas nupcias con el general Flectwood. Hallamos una mistrees Cook de Newington en Middelsex, nieta del citado general, que comunicó una carta de Cromwell á William Harris, su biógrafo.

La familia de Bonaparte no se perderá como la de Cromwell, porque la mejora de la administración civil no permitirá esta desaparición. Por otra parte, ningun punto de semejanza hay bajo este aspecto, en la posición y el destino de ambos hombres.

El Protector no salió de su isla: las convulsiones políticas de 1640 empezaron y concluyeron en la Gran Bretaña, al paso que las discordias de la Francia se mezclaron con las del mundo entero, conmoviendo las naciones y derribando los tronos. Lo que distingue los movimientos políticos de 1793 de todos los conocidos, es que fueron una emancipación para los franceses y una esclavitud para sus vecinos; una revo-

lucion y una conquista. Pregúntese á los árabes de la Libia y del mar Muerto y á los nababs de las Indias el nombre de Cromwell, y se verá que lo ignoran; preguntéles, empero, el nombre de Napoleon, y lo repetirán como el de Alejandro.

Cromwell inmoló á Carlos I, y ocupó su puesto; Bonaparte, retrocediendo diez siglos, se apoderó de la corona de Carlo-Magno; mas, aunque ensalzó y destronó reyes, á ninguno dió muerte.

Cromwell tomó por esposa á Isabel Bourchier, y tuvo por yerno principal á un procurador; todos los hijos de Isabel Bourchier volvieron á la oscura condición de su madre, no bien desapareció su famoso padre.

Bonaparte se enlazó con una hija de los Césares, casó sus hermanas con los soberanos que había creado, y sus hermanos con las princesas cuyas dinastías había protegido. No perteneció á ninguna asamblea legislativa, ni fue en tiempo alguno como Cromwell,



CROMWELL EXAMINA EL CADÁVER DE CARLOS I.

un tribuno popular; menos culpable que él para con la libertad, porque había contraído menos compromisos con ella, se juzgó libre para escribir su nombre con la punta de su espada en la genealogía de los reyes: los siglos futuros se han encargado de exhibir sus títulos de nobleza.

### RICARDO CROMWELL.

1658.—1660.

Aunque heredero del protectorado, Ricardo era un hombre vulgar que no supo qué hacer de la gloria y los crímenes de su padre. El ejército, dominado mucho tiempo por su caudillo, recobró el imperio. El tío de